

Idilio con perro ahogándose

Colección Relámpago

(1)



Este libro fue publicado con el apoyo de:

bm:uk Bundesministerium für
Unterricht, Kunst und Kultur

Primera edición: septiembre 2012

Título original, *Idylle mit ertrinkendem Hund*

© Michael Köhlmeier

© Deuticke Verlag, Wien 2008

© de la traducción del alemán, Joan Ferrarons

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2012

© de la fotografía de Michael Köhlmeier, fotógrafo: Udo Leitner

Deuticke im Paul Zsolnay Verlag.

Esta fotografía es propiedad del fotógrafo, declarando que los derechos de autor pueden ser reproducidos de forma gratuita.

Ilustración de la cubierta: Gaietà Mestieri

Diseño editorial: Noemí Giner

Corrector: Óscar Mora

Publicado por Rayo Verde Editorial S.L.

Comte Borrell 115, ático 2^a

Barcelona 08015

rayoverde@rayoverde.es

www.rayoverdeeditorial.com

BIC: FA

Depósito legal: b-10247-2012

ISBN: 978-84-15539-07-0



Impresión: El Tinter

Este libro se ha realizado con tintas compuestas con aceites vegetales y con planchas que reducen el consumo de tinta.

El plastificado de la cubierta se ha llevado a cabo con un polipropileno reciclable al agua y que aumenta la durabilidad del libro.

El transporte y embalaje de estos libros se ha efectuado con cajas de cartón corrugado 100% reciclado. Se ha evitado el uso de envoltorios plásticos.

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o un amigo que le pueda interesar. En el caso de querer tirarlo (algo impensable), hazlo siempre en el contenedor azul de reciclaje de papel.

Impreso en España - *Printed in Spain*

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para uso personal.

Idilio con perro ahogándose

Michael Köhlmeier

Traducción Joan Ferrarons

Rayo verde
editorial

para Monika
para Oliver
para Undine
para Lorenz
para nuestra querida Paula

El uno y el otro están sentados a la orilla del Antiguo Rin y esperan al ángel. Para que pase la noche con ellos, quizá. Hace frío, pero no se atreven a dormir en el coche, porque temen no ver al ángel. Piensan para sí: seguro que el ángel no nos esperará. Si nos dormimos, el ángel no nos despertará.

*Paula Köhlmeier,
El uno y el otro.*

1

El Dr. Beer sólo editó tres de mis libros. Al cuarto lo dejó, según me comunicó por carta manuscrita, «por razones de salud». Pero yo sé de sobra el porqué. Se avergonzaba ante mí por los hechos que ocurrieron la última vez que trabajamos juntos: la historia del perro. Puede que no le agrade que lo explique aquí. Pero es que no era sólo mi editor, sino también mi maestro, y siempre había remarcado que la literatura que tiene a algo o a alguien en consideración no vale nada.

Pocos días antes de aquellos acontecimientos, me había empezado a hablar de tú. ¡Nunca me lo habría imaginado! No me imaginaba siquiera que tuteara a su mujer, de cuya existencia aún no sabía nada... ¡y eso a pesar de que nos conocíamos desde hacía ocho años! A aquel hombre no le conseguía relacionar con conceptos como los de *esposa*, *novia*, *amante* o incluso *familia*. No podía imaginarle ni siquiera padres. Categorías biográficas como por ejemplo la niñez o la juventud también se me resistían si intentaba comparar su vida con, pongamos por caso, la

mía. Llamarle Johannes en un futuro prometía ser un auténtico fastidio, un fastidio perpetuo que jamás lograría quitarme de encima. Naturalmente, lo evité. Él tampoco se acostumbró a mi nombre de pila; era algo evidente, casi ofensivamente evidente.

Su nombre de pila sólo lo he dicho una vez en voz alta. Fue cuando le presenté a mi mujer.

—Éste es el Johannes —dije. A diferencia del alemán estándar, en el dialecto alemánico ponemos el artículo delante de los nombres, algo que debía de sonar grosero a sus oídos. Pero no me importaba, el artículo remarcaba la distancia entre nosotros, restableciendo el orden que hasta entonces me había complacido, porque era tan estable como la temperatura del fondo del mar.

Tengo que admitir, aún así, que me habría gustado oír *mi* nombre salir de *su* boca, aunque fuera una sola vez, como una especie de acto nivelador, como una especie de signo de igualdad entre nosotros. Nunca me había conseguido librar de la sensación de que me sometía a pequeñas y secretas pruebas. No necesariamente para atribuirme algún error, sino más bien para tenerme controlado con una especie de consentimiento paternal (lo que todavía me jodería más). Apenas había acabado de pronunciar su nombre y ya me daba vergüenza. Y se dio cuenta. Como si me hubiese acercado a él y le hubiera dado en su punto flaco antes de que tuviera el mío a la vista. Se dirigió a Monika y la llamó —¿con toda la intención?— por su apellido.

Su primer «tú» cayó por teléfono, y ciertamente

—pronto no tuve ninguna duda— por descuido. Quizá cuando le llamé había alguien en la misma habitación a quien trataba de tú, y yo había ido a parar en medio de su conversación. Pero lo que no podía imaginarme —sencillamente porque no quería imaginármelo— era que tuviera amigos, y a buen seguro que sólo a un amigo le habría permitido el tuteo. Aun así, lo que me parecía más probable era que acabara de leer en un libro o en un manuscrito una escena especialmente bien lograda en la que —¿quién sabe?— dos amigos conversaban, y que se encontrara tan profundamente inmerso en aquella conversación, que durante unos instantes después de sonar el teléfono no se pudo liberar del sonido de aquel mundo ficticio y se lo llevó en pensamientos, metiéndolo en el teléfono y, a la vez, en mi oreja.

Pero esta explicación tampoco me parecía plausible: el Dr. Beer era mi editor, tenía sesenta años y era considerado uno de los más competentes en todo el mundo editorial alemán. Aparte de literatura, jamás habíamos hablado de otra cosa, salvo del tiempo y del tráfico de la ciudad de Fráncfort, y no conozco a nadie que haya dado con cualquier otro tema digno de una conversación con él. Siempre había sospechado, sin embargo, que en realidad no se interesaba lo más mínimo por las novelas y las narraciones, los relatos o los ensayos, las tramas, los personajes, los diálogos... que simplemente no le interesaba la literatura, sino tan sólo el virtuosismo en la discusión literaria. Lo que de veras le importaba tenía que ser algo muy distinto. A pesar de todo, no tenía ni

la más remota idea de qué podía ser. ¿Llevaba acaso una doble vida? Esta expresión, en un manuscrito, me la habría marcado con una línea ondulada, y en cuanto hubiésemos llegado a ella durante la revisión, me habría dicho:

—Personalmente me gustan estas palabras, pero justo por eso quisiera que las usara en un contexto adecuado. Sin embargo, tal como están, tengo que pedirle que las cambie por otras.

Una vez, hablando de sí mismo, llegó a decir:

—Soy el bufón de Lear —dejando abierta la siguiente pregunta: ¿Quién era su Lear? ¿Quién habría querido encarnar aquella Virgen de los Dolores?

Todo el mundo ignoraba lo que hacía después de ponerse el abrigo, arreglarse la corbata, abrir el paraguas, despedirse de la señora de la entrada y desaparecer de la editorial. Ni siquiera se sabía si volvía a casa en taxi o en autobús, en metro o con su coche, a pie o en bicicleta... ¿Su casa? ¿Cómo sería su casa? En las paredes de su despacho había estantes que llegaban hasta el techo. Su compañera de la sección de libros de divulgación, aparte de un estante de obras de consulta, sólo tenía libros de la editorial; los de él, en cambio, daban la impresión de una biblioteca privada. Había reunidos clásicos alemanes y poetas rusos y americanos; las obras completas de D. H. Lawrence, Joseph Conrad (su autor favorito y el mío) y Luigi Pirandello; lírica francesa e irlandesa, pero sobre todo obras filosóficas. Una vez me contó —de forma lacónica y desabrida, después de que le preguntara un

par de veces— que había estudiado Filosofía y que había escrito la tesis doctoral sobre un tema de la fenomenología de Husserl. La literatura de y sobre Husserl llenaba no menos de una cuarta parte de su biblioteca. ¿Acaso su vida de escritura y lectura, su vida intelectual, acaecía solamente allí? ¿Por qué no? ¿En el ámbito privado quizá jugaba a los bolos con abogados y asesores fiscales, o era miembro de un club de bicicleta de montaña, o iba de bar en bar con sus colegas? ¿Por qué no? De todas formas, no lograba imaginarme que aquel hombre tuviera colegas; precisamente porque no *quería* imaginarme que tuviera vida privada alguna.

Tampoco es que se conozca muy bien la vida privada del bufón de Lear. Y nadie sabe si se cree algo de lo que dice. Las palabras son la herramienta de los bufones, no conocen otra.

Y entonces, al teléfono, después de un «tú» que se había escapado en un instante de despiste:

—Propongo que de ahora en adelante nos hablemos *de esta forma*.

La palabra ya no podía retirarse sin ofensa. Ni por su parte ni por la mía. En su ofrecimiento, sin embargo, y de una forma un tanto incómoda, puso atención en no usarla de nuevo...

También propuso que esta vez no fuera yo quien se desplazara hasta Fráncfort, sino que fuera él quien viniera a Hohenems para trabajar en el manuscrito. En el acto se asustó a sí mismo —no me pasó por alto—, pero

ya estaba dicho. Me dio la impresión de que no había contado con las consecuencias de la nueva situación, es decir, con que el «tú» necesita algo de práctica para que no resulte una mera opción que cuelgue cual estalactita sobre toda palabra futura, y ahora se encontraba en una situación todavía más incómoda.

Mientras tenía el teléfono en la mano miraba por la ventana, como si *de esta forma* pudiera eludir toda aquella avalancha de intimidad. Un silencio se había instalado entre nosotros, y era como una competición. Yo escuchaba, él escuchaba, como él, como yo, estaba hilvanando una frase en la que, yo por primera vez, él por segunda, pudiéramos introducir con naturalidad aquella palabreja. Le veía ante mí, aquel hombre delicado, no muy alto, de movimientos ágiles, firmes y muy característicos. Empezaría la frase con un leve gesto de asentimiento y la acabaría con un leve gesto de asentimiento.

Nevaba tan copiosamente que a duras penas veía la casa de los vecinos. Hacía semanas que nevaba. Era enero, el nevoso invierno de 2006. Me vino a la memoria que el Dr. Beer me había explicado una vez que cada día iba a dar un paseo, de una hora cuando menos, y que lo hacía desde que había cumplido los treinta.

Le dije:

—Si vienes *tú*... —no pude más que subrayar la palabra— coge un buen calzado para cuando vayamos a pasear, y un abrigo grueso, y un gorro.

—Lo haré —respondió—. ¿Te gusta este invierno?

—¿A ti te gusta? —repliqué.

—Sí, mucho. ¿Y a ti?

—Creo que no.

Tras la muerte de mi padre a principios de los ochenta, Monika y yo nos habíamos mudado a Hohenems, a la casa de mis padres. Nuestra calle apenas ha cambiado desde mi infancia. En algún momento los vecinos enlucieron la casa, eso es todo. De su tejado todavía sobresale una pequeña chimenea metálica, que no sé para qué sirve. A mi hermana y a mí nos había servido para medir la nieve. Recuerdo una sola vez, debía de ser a comienzos de los sesenta, que no se veía ni la punta, sino una pequeña elevación en la nieve nada más. Pero ahora no se veía ni un bulto, porque la chimenea había quedado completamente sepultada bajo la masa de nieve que cubría el tejado. Las semanas anteriores me había levantado cada día a las siete y, todavía oscuro, había abierto camino hasta la puerta de casa con la pala. El cartero me había dado a entender que de lo contrario no nos traería el correo. A derecha e izquierda de la estrecha vía a la que me ceñía (del ancho justo de un trineo) crecían montones de nieve más altos que un hombre. Lo enojoso era que la quitanieves pasaba ante nuestra entrada después del cartero. A veces volvía a pasar otra vez por nuestra calle por la tarde y, de vez en cuando, una tercera vez al anochecer.

Monika y yo casi no salíamos de casa. Íbamos a comprar con el trineo, a lo sumo cada tres días. Tampoco se podía ir a pasear por el Schlossberg, como solía hacer Monika seis veces por semana. Lo había probado y se había rendido, después de hundirse en la nieve hasta la

altura del pecho tras la primera curva. Desde la ventana de la cocina podíamos ver con los prismáticos el bosque que hay en la cima del lado escarpado del Schlossberg. Los abetos eran conos blancos deformados que semejabán más a las obras de Christo y Jeanne-Claude que a una creación de la naturaleza.

Le pregunté si tenía que reservar una habitación.

Me respondió sin dudar ni añadir ningún comentario:

—No.

—Está claro—interpretó Monika, después de que colgara y le reprodujera la llamada hasta los últimos detalles—, quiere quedarse a dormir en nuestra casa. Más claro, el agua. Ahora es amigo tuyo, y uno no mete a un amigo en un hotel.

—¿Amigo mío?

—¿Qué, si no? Se veía a la legua. ¿Hay alguien a quien te hayas entregado más en los últimos años?

—¿Qué quiere decir *entregarse*?

—No hace falta que te explique lo que quiere decir—. Él, en cambio, sometería aquella palabra a un examen exhaustivo.

—Me he entregado mucho más a ti, por ejemplo.

—Ya, ¿y qué?

—También podría ser—argumenté con flojedad— que prefiera que sea su secretaria quien le reserve la habitación. Que me quiera ahorrar la molestia. Tal vez quisiera decir eso.

—¿Reservar una habitación desde Fráncfort? ¿Aquí

en Hohenems? ¿Hay algún hotel, por aquí, quizá? Aparte de la posada Schiffler, cuyo dueño casi te arreó un puñetazo en los morros hace cuarenta años...

Aun así, me parecía todavía más inverosímil que aquel hombre cultivado se hubiese acercado tanto a mi vida en el transcurso de una simple llamada, sin ningún tipo de aviso, y que no hubiese sido nada casual, sino que lo hubiera hecho a propósito. ¿O acaso me habían pasado por alto señales previas?

¿Qué quiere decir *entregarse*?

Él diría:

—¡Tenga mucho ojo con esta palabra!

O bien, desde aquella llamada:

—¡Ten mucho ojo con esta palabra! Úsala sólo si eres consciente de su dicotomía, es decir, la fusión de dolor y placer. Quien se entrega tiene miedo, pero a la vez desea que le hagan daño. Si su significado te parece demasiado sustancial para tus fines, no emplees esta palabra. Cámbiala por una más suave y describe en su lugar una prenda de ropa, o un gesto, o una expresión facial (¡pero cuidado con el teatro facial!), o pon entre paréntesis una consideración ensayística, precisa pero sucinta, o introduce un recuerdo, *en passant*, por decirlo así, pero no se te olvide hacer referencia a ello en mayor extensión más adelante, para que no quede cojo y parezca añadido arbitrariamente.

Analizar un texto con él era una aventura que podía adentrarle a uno en una oscuridad desconocida e imprevisible, y era agotador. Tenía colegas que publicaban en

otras editoriales y me envidiaban por mi colaboración con él. Para ellos, la revisión y edición de una novela de doscientas páginas sólo requería, como mucho, un día. En la mayoría de casos, los editores les enviaban el manuscrito revisado por correo, los autores introducían las correcciones en el texto por ordenador —siempre y cuando estuvieran de acuerdo—, se hablaban los casos de duda por teléfono y listo. En respuesta a esto, el Dr. Beer sólo podía hacer un movimiento de cabeza (sobrio como era por naturaleza). Su ideal era Maxwell Perkins, editor de Ernest Hemingway, F. Scott Fitzgerald y Thomas Wolfe. Cuenta la leyenda que del legajo de más de mil quinientas páginas de *El ángel que nos mira*, Perkins compuso en un año de trabajo la versión que conocemos, que apenas tiene setecientas páginas. El Dr. Beer también gustaba de hablar de Gordon Lish, el editor de Raymond Carver. Me enseñó la última página del original de un relato de Carver y la cotejó con la versión editada por Lish. De entrada, ocupaba sólo una cuarta parte del original. Además, no contenía ninguna palabra del original y, por ende, había sido escrita desde el principio por Lish, y esto, según me aseguró el Dr. Beer, sin haber pedido el consentimiento de Carver. Tal concepción del trabajo de edición le parecía, de hecho, un crimen, pero le hacía sonreír igualmente —con ironía mordaz o con ironía cómplice, según cómo se interpretara la sonrisa: dirigida a Carver o bien a Lish (yo me decantaba por la camaradería, es decir, por el hecho de que se veía como un colega de Gordon Lish, el cual siempre se había jactado ante la

crítica de ser el ventrilocuo de Raymond Carver. La abreviación radical, considerada el estilo típico de Carver, era según él el resultado de su labor editora, o sea, una invención... algo a lo que, de todas formas, los críticos no habrían dado crédito, puesto que todos los libros de Lish sin excepción habían sido un fracaso).

Por el sexagésimo aniversario del Dr. Beer, el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* publicó en el suplemento del sábado una larga entrevista con él (cuyo título fue «Míster Precisión»), donde exponía su método de trabajo. Explicó que muy pronto había descubierto lo siguiente: «Lo que no suena bien al oído, también tiene alguna carencia en cuanto al contenido». Por ello insistía en que el autor le leyera en voz alta pasajes cuestionables, una, dos y hasta tres veces.

¡Eso es entrega, querida Monika!

Cuando oía mi propia voz, que en este proceso no era más que un instrumento para medir y rastrear mis propias insuficiencias, sucedía que empezaba a asustarme ante aquella persona misteriosa (por esta palabra sentía él un odio mortal) que no era sino yo, que era conocida por mi nombre y que, por lo que se ve, tenía más existencia que yo mismo, que sólo tenía que interpretar el papel de asistente del Dr. Johannes Beer. Él extendía la tela quirúrgica alrededor de cada palabra, aislando el objeto de examen de todos los demás órganos, para poder analizar mejor su significado y, por consiguiente, su brillo en el marco de una frase o de una oración compleja. Como si creyera posible que conversásemos en idiomas distintos

que sólo por casualidad sonaban igual. Era mi texto. El Dr. Beer confiaba en él, pero no en mí, su autor. Yo, en cambio, confiaba en mi editor, pero perdía la confianza en mi texto. Siempre fui consciente de que una presunta rima podía parecer, en un santiamén, un error, a pesar de que la homofonía no se basara en más que «palabras, palabras, palabras...». Y aun así siempre fui yo el exigente: *¡Ayúdame a mejorar!*

¿Y ahora era *él* quien se levantaba y exigía... precisamente un signo de igualdad entre nosotros? ¿Ahora reclamaba poder entregarse *a mí*? Durante los largos paseos por la nieve, por ejemplo, que acabaríamos —lejos de la mirada de otros seres racionales— con un abrazo y poniéndonos la mano en el cogote del otro, con bastante rudeza para que no pareciera una caricia... nosotros, dos hombres en sus años maduros, de principios más o menos firmes, dos amigos.

—Probablemente es justo eso —dijo Monika—. Puedo imaginármelo perfectamente. Para él representas todos los autores con quienes ha trabajado a lo largo de su vida. Por casualidad, pero eres tú. Su último autor, su último libro.

—¿Lo dices en serio? —pregunté.

—Me da la impresión de que a ti te conviene creerlo. Y quizá es realmente así.

El día siguiente, por la tarde, le recogí en la estación. Puso en un trineo la maleta —un armatoste de aluminio que pesaba como un muerto, como si pensara pasarse tres semanas en nuestra casa— y arrastramos aquella carretilla

por la calle, que todavía era una pista de hielo y donde se veían más rastros de patines y esquíes que de roderas de coche.

—Si vuelve a nevar será complicado ir a pasear —dije.

Monika nos estaba esperando ante la puerta de casa. Se había puesto sobre los hombros mi vieja cazadora de color verde musgo y hombreras de cuero y nos saludaba con la mano. Desde la mañana se había ido calentando el día. Durante toda la jornada el cielo había estado sereno como en abril. Ahora volvía a encapotarse, pero no con nubes de nieve. Esperaba que soplara el cálido *föhn* de los Alpes, aunque aquel viento tendría que esforzarse lo suyo para acabar con ese tiempo de perros.

El Dr. Beer me tocó un momento el brazo (algo que desencadenó en mí un *déjà vu*, como si en otra vida, con aquel mismo gesto, alguien me hubiera prevenido contra una desdicha venidera). Con voz queda, para que Monika no lo oyera, me dijo:

—No te ofendas, por favor, pero todos los días tengo que ir a andar solo por lo menos dos horas. *Tiene que ser solo. A toda costa. Andar y hacerlo a solas.*

Entonces me volvió a tocar, esta vez en la cintura, me dejó la cuerda del trineo y se adelantó, acercándose a Monika con el brazo extendido. La saludó tan amistosamente que ella me miró con el ceño fruncido. Y es que le había avisado de que el Dr. Beer nunca se reía.

Por el tono de voz de Monika noté que le había gustado a primera vista. Y ella a él también.

